

LA FRONDA DEL DIOS LOBO

EDUARDO GONZÁLEZ ASCANIO

¿Cuál ha de ser la mejor morada para el hombre? Acaso donde habita el dios lobo, en la fronda sagrada que cubre la cárcava en forma de oreja. Allí los manantiales no albergan divinidades oscuras de mirada mortal, sino descienden apaciblemente desde las cumbres cortadas a pico y surten aquí y allá los parajes de difícil acceso, donde ni el pie del hombre ni los cascos de hirsutos corceles transitan jamás sin veneración ni recelo.

La esfinge, en lo alto de la columna, altivo anatema para los intrusos, delata la presencia de tesoros que la piedad ha ido acumulando, de la cercanía de la fuente donde la pitonisa mastica el laurel, del templo del oráculo, y de esa otra Fuente que por igual tutelan Gaia y Posidón, nutricia del canto y del poema.

Es allí, entre las vides espesas, donde al peregrino le es difícil descubrir las estatuas erigidas a la diosa de los caminos, y presiente la furtiva presencia de manadas acompañando sus pasos, sobrecogiéndole con lastimeros aullidos, tal vez las mismas manadas que advirtieron a los hombres de Naxos del robo de los tesoros y del lugar donde yacían descuartizados los cuerpos de los ladrones; tal vez los mismos aullidos con que guiaron a refugio terrestre a los supervivientes del diluvio milenario.

Pienso en ellos ahora acordándome del que vi en el trasiego del puerto, atado, perplejo y divino, en medio de la expectación de la turba, horadando a la multitud con ojos cóncavos, irguiendo las orejas puntiagudas. Vuelve el lobo a mi recuerdo con la solemnidad de un coro de tragedia, sin dejarme olvidar que mañana el heraldo anunciará mi condena.

Lo imagino entre los suyos en invierno, custodio del misterio, cuando el dios abandona los parajes boscosos y el oráculo duerme, cuando se extingue más pronto el sol, que atenúa el terror y desvela el significado de las pesadillas. Lo veo entonces como lo presentí en los versos que atemorizaron mi infancia, con el pelaje más espeso y el brillo de los ojos más intenso, depositarios de un pasado de ritos sangrientos y premoniciones que humillarían a los más incrédulos. Y lo veo, bebiendo con el vientre contraído, con las fauces en sangre, manchar de rojo el manantial oscurecido por su sombra.

Pero entonces se hallaba perdido, acosado por los perros de la jauría que se ensañaban enardecidos por la impunidad, con la misma tenacidad de los delato-

res de oficio. El cautivo levantaba apenas el hocico y, entonces, algo parecía llamarlo desde los escondrijos rocosos que se ciernen sobre su hondonada lejana, donde el discurso del Viento, al roce de las piedras, afila su voz con alfabeto impreciso. Sólo en aquel momento, desafiaba el clamor del mar cercano, las voces que anunciaban las mercaderías, el rodar de los toneles de barro, los ladridos de los perros de Laconia y el parloteo irreverente de los incautos, recobrando la majestad del que tiene la guarda del templo confundida con su más temprano instinto.

Desde el socavón camuflado con ramas en donde le haría caer la furia de agraviados pastores, o la temeridad impía de cazadores ociosos, había venido a parar al lugar donde la brisa altera los sentidos, donde se multiplican los símbolos y el esplendor de la apariencia. Por una vez que la pitonisa de su templo, allá en los sagrados parajes, moja con agua lustral al suplicante y responde a su dilema, mil veces las mentes de la ciudad se ejercitan en acertijos que el vino acompaña en los simposios, y los supersticiosos vacían el odre sobre la serpiente que se les cruza en el camino, o escupen sobre el loco para ahuyentar los malos presagios.

Pero el Viento, que en todas partes remueve las hojas del roble para quien sepa esclarecer sus oscuros designios, le devolvía la prepotencia a aquel despojado de la fuerza y de la rapidez, superior en astucia a la zorra, atado y escarnecido por los efluvios pestilentes de la orilla, los variados aceites, las codornices muertas, las esencias de las cremas y el rastro de los tintes.

Sólo los más prudentes guardaban silencio temiendo que la furia del dios anegara la ciudad en infortunios, porque tal vez en ese caso, vano sería alzar los brazos recordando los toros sacrificados, los templos erigidos en su honor. Parecían mirarlo reconociendo en él la guarda de las arrogantes columnas, las salas de pinturas consagradas, las figuras votivas, los vasos pintados y todo lo demás llegado de Massalia, Siracusa, Melos, la Cólcida o la montañosa Eubea. Escrutaban en sus ojos lo terrible con más temor del que infunde el vaticinio de las sibilas, que hacen su aparición en las ciudades como el viento, sin que nadie las llame, pues los atributos del dios no descansan y de mil modos profetiza sin ser consultado.

EL CARRO DE DYONISOS

Oigo el bullicio de la ciudad desde esta oscuridad en que recuerdo al lobo. Las sombras no impiden que adivine la luz del invierno, ni que olvide la agitación que debe haber en las callejuelas más sombrías y en los más abiertos espacios. Es la estación en que yo conocí la ciudad, cuando como yo ella parecía acabada de nacer: con la emoción del coreuta, que recita las estrofas fundido en el conjunto de las voces, con la furia de los trirremes; que rodean la flota enemiga antes de destruirla, así me entregué a la variedad de las razas, la confusión de los dialectos, la magia de los discursos y el esplendor de las celebraciones.

Uniéndome a los que veía, dejaba atrás las callejuelas encenagadas. Cuando la multitud desembocaba en el Ágora, las gentes se repartían y era más cómoda la danza para los primeros en llegar. Atrás quedaba la dulce salida del sol que esperaran las gentes a las puertas de Eleusis. Febo les premiaba la aterida espera alzándose esplendoroso sobre el lodazal y la gloria.

Al tiempo que la sombra avanzaba en el reloj, refulgía el vino en las cráteras, y en las fuentes la apaciguadora agua. Caían los rayos sobre los bronceos torsos, las coronas de caña y jacinto, las túnicas púrpuras, las clámides señoriales que se mezclaban al tumulto, los muslos de mujer que se descubrían al paso entre los peplos abiertos. Aliviaban el camino flautas y cítaras, y los aedos elevaban su voz preferida por las musas, coreados por la embriaguez de los que no esperaban para purificarse en vino de Tracia. Mi vaso solía contener muy pronto el jugo sin mezcla que cualquier cucharón depositara en él, por los alrededores del mercado. Perdía y recobraba sonrisas entre la multitud: ojos que se desvanecían, engullidos por el mar de brazos y de rostros, perfumes que competían con el aroma del poleo, de la menta, de la adormidera, y de la sémola de cebada que impregnaba los zurrones; surgían, desaparecían y volvían a abrirse paso entre el sudor de los cuerpos y el frescor que el aire traía de las fuentes.

Todos andaban confundidos y no se adivinaba de qué tribu podían ser los ojos que miraban a hurtadillas, de qué distrito los rostros que blanqueaba el albayalde, de qué casa las manos que ofrecían un vaso pintado, un higo, un racimo de uvas. Grupos de hombres entonaban el canto de las golondrinas, amenazando a los ciudadanos con dirigir el vuelo hacia el lecho de sus esposas, o las estrofas compuestas en honor de legendarios tiranicidas. De incierto éxito

gozaban las chanzas sobre los atribuidos amoríos del Primer Ciudadano.

En aquellos trances mis miembros siempre anduvieron dotados de una ligereza extraña y mi sangre circulaba como el manantial oculto en la fronda vinososa, pero mi cabeza pronto daba cuenta de la osadía de inundarse, con los primeros rayos, de vino en estado puro. Si me apartaba de la turba para orinar tras los arbustos, se agolpaban en mi mente los presagios que se ciernen sobre el que orina o eyacula a la intemperie, a la vista ofendida de los dioses: es puntillosa la religión del campesino que me atrevía a desafiar, llena de rigor y pánico. De donde yo venía, velaban por las noches si alguna vez les parecía que rondaban la casa derramando sangre menstrual, conjurando el infortunio sobre las cosechas y los nacidos, y al amanecer se aprestaban a sacrificar un buey. Los más oscuros recuerdos ocupaban mi mente que, hundida en el sopor, aguantaba la embestida de los rayos de invierno.

Más tarde o más temprano, los grupos interrumpían las canciones y las risas, acallados por un rumor familiar que se aproximaba. Los que danzaban se detenían, dirigiendo la mirada hacia donde aún era difícil ver figura alguna. Enmudecía el fragor de los cucharones en las cráteras, suspendiendo su hasta entonces gozoso contacto. Sólo los aromas de polvo soleado, de sudor, de jazmín, de azafrán y pan de trigo se extendían anonadando el aire. Sólo el Viento, ebrio de perfumes, conservaba la elocuencia debida para recibir la nave de Dyonisos, envolviendo en sus brazos al dios que mejor le honraba. El que fecundó a la Noche, temida por Zeus, el Viento, entonaba entonces la melodía en solitario, recargada y caótica, embarullada por los tonos agudos de las nuevas composiciones al uso en la ciudad con la rudeza del cíclope y el artificio de la cortesana.

Las mujeres apartaban la vista como ante las escenas más sórdidas de las comedias mientras el Viento giraba, se retorció y complicaba sus evoluciones. Todos retrocedían para dejar paso al toro que conducían los sacerdotes: última forma ritual del dios que había sido a lo largo de los meses serpiente y león, y a cuyo culto de euforia y devastación se entregaba la ciudad combatiendo el frío con el frenesí.

Hombres trajeados con pieles de cabra, el cabello y la barba revueltos, seguían la comitiva tañendo flautas dobles. En los brazos de las mujeres lucían los brazales en forma de serpiente que para la ocasión

habían sacado de los cofres. Serpientes verdaderas se enroscaban en los miembros de las ménades que rodeaban el barco en forma de luna y se pasaban de mano en mano el falo de madera enrojecida. Danzaban blandiendo los tirsos enramados, las espadas y las bramaderas. Roncas y estrábicas, invocaban por el camino al dios cojo, al nacido del muslo de Zeus, criado como niña por las siete ninfas de la montaña. Lo ensalzaban con versos y conjuros, poseídas por el hongo misterioso, las prometidas del vino y el aguamiel. Acariciaban sus cuerpos y empapaban con la lengua sus labios abandonadas al éxtasis que por entonces afloraba con toda la inmoderación. Se relajaba el rigor dictado por la costumbre y los mil ojos del Arconte se cerraban para poder tolerar lo inconcebible. Al fin y al cabo, del mismo néctar enloquecedor se proveen los atletas en las competiciones. Y, en Enero, mes de comedias y de desposorios, los habitantes se sienten a sus anchas: los de afuera llegan en tiempos más bonancibles para el cuerpo. Hasta los

campesinos, sabedores de que la tierra es yerma durante parte del invierno y que sólo queda abrigar los bueyes en tal caso, o dejar que las jóvenes unjan con aceites su piel, que el frío podría cuartear, bajan a la ciudad para participar de las solemnidades.

Y al pasar a mi lado el trono en forma de luna, me aprestaba a seguirlo como si con ello me ayudara a alcanzar más pronto la lejana noche. Intentaba acordar el cuerpo al pensamiento, su agitado deambular sin propósito, pues en días como aquéllos todo me hablaba, todos los signos se entrelazaban hasta agotar mi mente y sellar mis labios. La palabra no podía andar al paso de los pensamientos, y los pensamientos no alcanzaban la velocidad de los recuerdos y de los augurios, en movimiento incesante, como las realidades ocultas. Y así me entregaba a la danza como al día siguiente a los ditirambos, y el otro a las comedias, viendo desde las gradas a los ciudadanos acampar según su condición, entre la burla y el mito.

EL LOGOGRAFO

Auna ciudad la fundan siempre sus primeros extranjeros, y eso debieran recordar los ciudadanos jactanciosos. La hospitalidad, el arte, los festejos, la palabra, los templos, la gran flota, las leyes, son sólo las migajas del sueño de los fundadores.

Para que la ciudad naciera, alguien tuvo que venir desde muy lejos. Los mismos dioses tutelares vienen siempre de otro lado. Por eso, como los dioses, jamás perteneceré del todo a la ciudad que amo. Tal vez si mañana decretan mi destierro, se habrá hecho justicia de algún modo.

Aguardo con tranquilidad la tablilla del juicio. Otra cosa será sustraerse al recuerdo. De las formas que adopta la materia, para esta ciudad reservo la humedad y la sombra, a pesar de su azul luminoso, y el légamo misterioso del fondo de la laguna, pues aunque todo rezuma inteligencia, nada hacía prever que la hallaría. Por dádiva lo tengo, aunque a partir de ahora, no hallaré reposo. Todo me arrojará de sí. No tendré en el día más propósito que aferrarme a la noche, que no me regalará con el sueño. El mar me despedirá a las orillas y toda la tierra tendré por resaca e inhóspita. El cielo resultará más inmenso y extraño. Tanto dará que me pierda entre mirtos, madro-

ños y aladiernos, por la senda del oso y el jabalí, o que aventure mis pasos por los pantanos de Marathon, o que acabe mis días en Samos, Éfeso o Elea, entre olivos y fuentes, amigos y discusiones.

No he tenido el honor de la ciudadanía, pero sí un lugar en el corazón de ciudadanos y extranjeros. No soy miembro de ningún tribunal, pero mis discursos salvaron vidas y haciendas. No he tenido posesiones, pero sí un hogar donde todos podían encontrarme. Me acusan de ser enemigo de las tradiciones, pero es por mí que otros aprenden que múltiples son las tradiciones, que las viejas historias no valen la inteligencia a que obedece la conjunción de los astros y de los elementos, que quien enloda su espíritu en la discordia, no habrá lugar entre los felices. Que la ciudad es algo siempre por fundar.

Pocos amigos quedan que no hayan ya partido. Convencen hoy los que llaman a la expulsión y al exterminio, persiguiendo a todo aquél que con razón libre escudriña en la naturaleza. Hay que encontrar la ciudad fuera de ella, en las que antaño aprendieron de ella a ser lugar de innumerables cultos y gentes. Anoche soñé con los que se han ido. Estaban despidiéndome porque era yo el que marchaba. Me rega-